

quejó formalmente al sumo pontífice, quien habiendo nombrado por juez de esta causa al legado Jacinto, éste sentenció que los sagrados despojos se repartiessen igualmente entre la iglesia de Leon y el monasterio. Hizose la traslacion con toda la pompa y aparato que convenia á la adquisicion de tan preciosas reliquias, y á la dignidad de iglesia tan respetable, y fueron colocadas en el altar mayor de la catedral en una preciosa urna de plata, donde los fieles las veneran, premiando Dios su fe y su devocion con continuados favores.

#### SAN PLÁCIDO Y SUS COMPAÑEROS, MÁRTIRES.

SAN Plácido, hijo de Tértulo, senador romano, de una de las mas ilustres y mas antiguas familias de Roma, desde su niñez fué encomendado á la disciplina del gran patriarca S. Benito, objeto á la sazón de la veneracion y de la admiracion de toda Italia. A los siete años de su edad le llevó su padre al santo patriarca para que le educase por sí mismo en el monasterio de Sublac. No podia menos de producir escelescentes frutos aquella tierna planta, cultivada por tan diestra mano, y en tierra tan fértil de santos. Habia nacido el niño Plácido con tanta propension á la virtud y con tan bellas disposiciones para el estado religioso, que á pocos dias de su residencia en Sublac fué la admiracion de todo el monasterio. No le espantaron los penosos ejercicios de la austera vida que se hacia en él: tan lejos de necesitar que le animasen á llevar aquel pesado yugo, superior á las fuerzas naturales de su tierna edad, fué menester tirar de la rienda á su fervor. Querria Plácido asistir á todos los actos de comunidad, y practicar todas las penitencias que hacian los demás. Causaba verdaderamente admiracion ver aquel niño entrar el primero en el coro para cantar dia y noche las alabanzas del Señor, y valerse de muchísimas industrias para mortificar su inocente carne. No hubo novicio mas devoto, mas humilde, ni mas obediente que él. Animábanse los mas antiguos con el ejemplo del niño Plácido. Refiere S. Gregorio, que enviándole un dia á sacar agua de cierta laguna inmediata al monasterio, cayó en ella con el peso de la herrada, y las olas le llevaron dentro de la laguna, hasta un tiro de piedra distante de la orilla. Estaba S. Benito en su celda, y revelándole Dios aquel triste accidente, llamó á su discípulo Mauro, y le mandó que prontamente acudiese á socorrer al niño Plácido. Llegó Mauro á la laguna, y sin pensar siquiera en el peligro á que se esponia, se metió intrépidamente por ella, caminando por las aguas milagrosamente endurecidas, y cogien-

do á Plácido por los cabellos, le sacó á la orilla con duplicado milagro.

Luego que Plácido volvió en sí le preguntaron en qué pensaba cuando se vió en medio del agua, y ya á punto de ahogarse. Respondió, que cuando sintió que le tiraban por los cabellos, vió sobre su cabeza la piel que servia de hábito á S. Benito, y que el santo abad le habia tenido de la mano todo el tiempo que estuvo en el agua, para que no se hundiese en ella.

Despues de este lance hizo Plácido aun muchos mayores progresos en el camino de la perfeccion. Al paso que iba creciendo en edad, iba tambien adelantándose en sabiduría, en prudencia y en virtud. Amábale el santo patriarca como á uno de sus mas queridos discípulos, previendo con luz profética que habia de honrar la religion, siendo el primero que la ilustrase con la corona del martirio. Era Plácido el compañero ordinario del santo abad; y así como el Salvador escogia á los discípulos mas amados para testigos de sus maravillas, de la misma manera siempre que S. Benito habia de hacer algun milagro, llevaba por socio á Plácido. Cuando hizo brotar de las entrañas de un duro peñasco una copiosa fuente para servicio del monasterio, quiso que Plácido fuese testigo de aquel prodigioso suceso; y cuando fué S. Benito á echar por tierra los ídolos que se adoraban en el Monte-Casino, y á fundar en él, por decirlo así, la casa patriarcal de su órden, llevó á Plácido por su compañero.

Es verdad que ningun discípulo dió nunca mas honra á su maestro que nuestro jóven Plácido daba al suyo. Cada dia crecia mas su fervor, y cada dia crecia tambien mas su humildad, su devocion y su puntualidad en la observancia de las mas menudas reglas.

Habiendo hecho donacion á S. Benito el señor Tértulo, padre de nuestro Santo, de muchas y grandes posesiones que tenia en Sicilia, resolvió el santo patriarca enviar allí á su amado discípulo Plácido para que fundase un monasterio, y le dió por compañero á Donato y Gordiano, dos santos monges de la casa de Monte-Casino. Diólos su bendicion, comunicándolos su espíritu, y los mandó partir para aquella apostólica expedicion. En Capua fué recibido S. Plácido con grandes demostraciones de ternura y de veneracion por S. German; en Benevento por san Martin; en Canoso por S. Sabino; en Regio de Calabria por S. Sisinio, obispos todos respectivamente de dichas ciudades; porque en aquellos felices tiempos eran pocos los obispos que no fuesen santos. En todas partes iba el nuestro obrando grandes milagros; pero su humildad los atribuia todos á su santo pa-

triarca. Cuando aportó á Mesina fué recibido como un ángel del cielo por el señor Maselino, amigo antiguo de su padre Tértulo. Por mas instancias que le hizo aquel caballero para que descansase algunos dias en su casa, no lo pudo conseguir; siendo una de las máximas de nuestro Santo que los monges nunca debian detenerse en casas de seglares.

Fué su primer cuidado fabricar un monasterio, no distante del puerto de Mesina, cuya iglesia dedicó á S. Juan Bautista. Hacia todos los dias en la isla admirables conversiones, y estas le ganaron crecido número de caballeros jóvenes, destinados por el cielo para formar aquella nueva colonia. Treinta de ellos renunciaron todos sus bienes, y abrazaron desde luego la vida monástica. En poco tiempo fué el monasterio de Sicilia una viva copia del de Monte-Casino; porque todas las virtudes de S. Benito resplandecian en su verdadero discipulo S. Plácido. Aunque era de poca salud, y de muy delicada complexion, siempre escedian sus penitencias á las que llevaba de suyo el rigor de su instituto. Era continuo su ayuno, y su ordinario sustento se reducía á leche, agua y algunas raices, añadiendo los martes, los jueves y los domingos algunos mendrugos de pan. En las cuaresmas pasaba muchos dias sin comer ni beber. Nunca usó otra cama que la de una silla muy dura y sin respaldo, donde arrimado contra la pared tomaba dos ó tres horas de sueño por la noche, y lo restante de ella pasaba en oracion. Siendo tan áspero consigo, ningun superior fué nunca mas blando con los demás, ganándole los corazones de todos una dulzura y una caridad inalterable. Unido siempre íntimamente con Dios, ni los negocios le distraian, ni le disipaban los molestos cuidados de una comunidad que se iba entonces formando. Su tierna devocion á la santísima Virgen fué como el manantial de aquellas gracias extraordinarias, de aquellos singulares favores con que el cielo le regalaba continuamente; y se asegura que por el don de milagros era venerado como el taumaturgo de su siglo. Con sola la señal de la cruz y con una breve oracion curó en cierto dia un prodigioso número de enfermos que concurrieron á la puerta del monasterio á pedir su bendiccion, de manera, que en menos de un año se hizo célebre el nombre de Plácido en toda la isla.

Gobernó su monasterio con una prudencia tanto mas admirable, quanto menos regular en un mozo que se hallaba todavía en lo mas florido de su juventud. Suplia la virtud lo que faltaba á la edad; verificándose en su conducta lo que escribia S. Pablo á su querido Timoteo (cap. 4.): *Que la santidad tiene el lugar de todo.* Habia cuatro ó cinco años que nuestro Santo llena-

ba de maravillas á toda Sicilia, siendo el gozo y la gloria de su padre S. Benito, cuando dos hermanos suyos menores Eutiquio y Victorino, que nunca le habian visto, y otra de sus hermanas, por nombre Flavia, hicieron un viaje desde Roma á Sicilia por el consuelo de conocerle, aunque impeliéndoles mas la fama de su eminente santidad, que la ternura de su sangre. Fué reciproco el gozo; y así la conversacion como los ejemplos de Plácido hicieron tanta impresion en los dos hermanos y en la hermana, que todos estaban resueltos á renunciar los bienes de la tierra para trabajar únicamente en los eternos del cielo, cuando la divina Providencia los abrevió mucho el camino para conseguir la eterna felicidad.

El famoso pirata Manuca, uno de los hombres mas encaprichados en las supersticiones del gentilismo, hizo un desembarco en Sicilia, y se echó luego sobre el monasterio de S. Juan Bautista, que estaba inmediato al puerto. Entraron en él los bárbaros, hicieron prisioneros á Plácido con todos sus monges, entrando tambien en el mismo número Eutiquio y Victorino, con su hermana Flavia, y á todos los cargaron de cadenas.

Preguntó el bárbaro á Donato, compañero de S. Plácido, si era cristiano; y respondiéndole éste con santa intrepidez, que no solo tenia la dicha de serlo, sino tambien la de ser monge, le dividió en dos partes la cabeza con un golpe de cimitarra. Hizo venir despues á su presencia toda aquella tropa de gloriosos confesores de Jesucristo, y no perdonó á promesas ni amenazas para pervertirlos; pero él mismo quedó asombrado de la constancia y de la magnanimidad de los santos mártires. Protestaron todos á voz en grito que eran cristianos, que quisieran tener muchas vidas para sacrificarlas todas en obsequio de su religion; y que lejos de temer la muerte, envidiaban todos la dicha de aquel compañero suyo que habia logrado el primero la palma del martirio. Irritó al tirano tan generosa respuesta, y mandó que á todos los despedazasen á azotes, haciéndolos despues atormentar con inaudita crueldad; y cargándolos de prisiones, ordenó que los encerrasen en un lóbrego calabozo, donde estuvieron siete dias sin probar bocado, en cuyo tiempo animaba S. Plácido á sus santos compañeros con fervoroso zelo y con cristiana elocuencia. Sus dos hermanos, y sobre todo su hermana, léjos de llorar su desgraciada suerte, consideraban aquella que parecia funesta casualidad, por la mayor dicha que les pudiera suceder, atribuyendo á las oraciones de su santo hermano la inestimable gracia que los tenia preparada la divina Providencia.

Mientras tanto, viendo los bárbaros su invencible constancia,

à pesar de los palos y de los malos tratamientos que los hacían sufrir todos los días, determinaron quitarles la vida antes de volverse à embarcar. Hicieron otra tentativa para que renunciásen la fe; pero S. Plácido, hablando en nombre de todos, desengañó al tirano, diciéndole que serían vanos todos sus esfuerzos, y que antes bien debía él mismo mirar por su salvacion, y renunciar sus paganas supersticiones; que los ídolos à quienes él rendía cultos eran inanimadas estatuas, sin fuerza y sin movimiento, imágenes despreciables de divinidades quiméricas; que no había otro Dios que aquel que adoraban los cristianos, criador del universo, árbitro de nuestra eterna suerte, y supremo juez que en breve había de ser de todos. Interrumpióle el bárbaro, que ya no podía sufrir la generosa intrepidez del santo mártir, y mandó que con un duro guijarro le hiciesen pedazos los dientes y las mandíbulas: no contento con esto, para que no pudiese hablar, le mandó arrancar la lengua hasta la misma raíz; pero el que perdió la lengua por amor de Jesucristo, no por eso perdió el uso de ella; antes bien, con asombroso prodigio, prosiguió hablando con voz mas clara, mas sonora y mas corpulenta que nunca; maravilla que convirtió à muchos gentiles, pero no convirtió al tirano: antes mas y mas enfurecido, temiendo algun alboroto popular, mandó que à todos los cortasen la cabeza. Fueron conducidos à la orilla del mar, sitio señalado para la ejecución del suplicio. Luego que llegaron à él se hincaron todos de rodillas, y ofrecieron à Dios el sacrificio de sus vidas. S. Plácido, cuya milagrosa voz esforzaba mas y mas el valor de los generosos mártires, hizo en nombre de todos esta devota oracion à Jesucristo: *Salvador mio Jesucristo, que te dignaste padecer muerte de cruz por nuestra salvacion, sé propicio à estos tus humildes siervos: dadnos constancia hasta el fin, y haznos la merced de que seamos asociados al coro de tus santos mártires; consérvanos intrépidos hasta el último momento de nuestra vida, y dignate aceptar el sacrificio que te hacemos de ella.* Toda la bienaventurada tropa respondió inmediatamente: *Amen*; y en el mismo punto fueron sacrificadas todas aquellas inocentes víctimas el día 5 de octubre del año 541, en número de treinta y tres, siendo las mas célebres Plácido, de edad de veinte y cuatro años, Fausto y Firmato, diáconos, Eutiquio y Victorino, hermanos de nuestro Santo, y su santa hermana Flavia.

Acabada esta carnicería, pusieron fuego los bárbaros al monasterio, demoliéronle, y profanaron la iglesia. Hecho esto, se volvieron à embarcar; pero recibieron luego el castigo de su barbaridad, porque apenas se hicieron à alta mar, estando to-

avía en frente del Faro de Mesina, cuando se levantó una furiosa tormenta, en la cual perecieron todos, sin salvarse ni uno solo. Hallábase à la sazón ausente del monasterio Gordiano uno de sus monges, y cuando volvió à él encontró todavía enteros los cuerpos de los mártires junto à la orilla del mar. Diólos sepultura en la iglesia, donde permanecieron hasta el siglo xvi, en que fueron hallados y elevados de la tierra con grande solemnidad casi mil y cien años despues de su glorioso martirio, y honró Dios con muchos milagros aquella magnífica traslacion.

#### SAN ATILANO, OBISPO Y CONFESOR.

**E**N la ciudad de Tarazona, sita en el reino de Aragon, nació S. Atilano, uno de los célebres alumnos del orden de S. Benito, y uno de los mas santos y zelosos obispos que han brillado en la iglesia de España. Sus padres, distinguidísimos ciudadanos por su nobleza, pero mucho mas por su piedad, le recibieron como fruto de las fervorosas oraciones que por muchos años habían ofrecido al cielo, para que les favoreciese con sucesion. En esta atencion se dedicaron con el mayor esmero à imprimir en el niño desde su tierna edad todas aquellas ideas que pudieran contribuir al cumplimiento de la promesa que hizo su madre, luego que se sintió embarazada, de consagrar à Dios el hijo que se dignase concederla. Pero como Atilano era de un índole amable, de una docilidad singular y de una inclinacion como nacida para la virtud, costóles poco trabajo su educacion; dejándose ver en su juventud adornado con todas aquellas prendas de naturaleza y gracia que le hicieron uno de los jóvenes mas cabales de su tiempo.

Aplicado à la carrera de las letras, como se hallaba dotado de un escelente ingenio, hizo en las ciencias maravillosos progresos, y nada inferiores en la virtud, de suerte que en breve tiempo fué mas sabio que lo que correspondia à sus años, y con exceso mas santo y virtuoso. Como à los conocimientos de la verdadera sabiduría es consiguiente el desengaño de los caducos bienes de la tierra, despreciando Atilano todas las esperanzas que el mundo le prometia à su noble nacimiento y recomendables prendas, cerrando los oídos enteramente à los engañosos halagos de la carne y sangre, solo pensó en buscar seguro asilo à su inocencia, retirado de los peligros del siglo; para lo cual vistió el hábito del orden Benedictino en un monasterio cerca de Tarazona, del que restan algunos vestigios donde existe la iglesia que conserva el nombre de S. Benito.

Permaneció algun tiempo en aquel monasterio, acreditando

con su fervor, con su observancia regular, con su eminente virtud y con su admirable ejemplo la verdad de su vocacion, hasta que habiendo oido la fama pública de santidad de S. Froylan, determinó buscar á tan escelente maestro. Obtenida la licencia de su abad, corriente en aquellas edades en los monges que apetezian seguir la vida anacoreta, pasó al monte Corros, donde supo que se habia retirado el Santo huyendo de la multitud de gentes que le estorbaban su apetecido reposo, y le suplicó humildemente que le admitiese por su discípulo. Conseguida esta gracia, vivió en la compañía de aquel héroe solitario, imitándole en los santos ejercicios de oracion, contemplacion y asombrosas penitencias. Fundó Froylan el célebre monasterio de Murerola, donde congregó doscientos monges bajo la regla de S. Benito, alentándoles con su ejemplo á dar todo el lleno á la alta idea de perfeccion á que eran llamados, y como conocia el fervor y la virtud de Atilano, le nombró por prior de aquella numerosa comunidad, en cuyo empleo acreditó con pruebas prácticas su consumada prudencia, su piedad y su estremada caridad para con todos los religiosos.

Vacó por entonces la cátedra episcopal de la iglesia de Zamora, y como la fama de santidad con que brillaba Atilano era tan pública y notoria, por igual aclamacion que fué promovido á la silla de Leon su maestro, se hizo la eleccion en el discípulo, muy distante de apeteer honoríficos empleos. En vano rogó y lloró para que le exonerasen de aquella insoportable carga, pues convencidos todos de que solo su actividad y su zelo podria reparar las pérdidas que habia padecido aquella iglesia en la irrupcion de los árabes, insistieron en la eleccion, en términos, que le fué preciso sujetarse á la voluntad de Dios, bien conocida en tan visibles pruebas.

Pasó Atilano á Zamora á ejercer las funciones de su ministerio, y las primeras atenciones de su vigilancia pastoral se dirigieron á la reedificacion de los templos destruidos por los sarracenos, al restablecimiento de la disciplina eclesiástica y á la reforma de las costumbres de su pueblo, debiéndose á su zelo siempre activo y siempre infatigable, el que mudase de semblante su diócesi, poco antes poseida de una sensible relajacion. Por el discurso de diez años padeció innumerables trabajos en la reparacion de los estragos que ocasionaron los bárbaros en su iglesia; pero la conducta admirable que observó el santo pastor en todas sus empresas, facilitó la obediencia á sus prudentes y sabias exhortaciones. La dignidad no causó en él otra novedad que la de aumentar su fervor, sin que se dispensase por mas

tareas, de los ejercicios religiosos que practicaba en el monasterio, portándose con todos con tanta dulzura, con tanto amor y con tanta benevolencia, que hecho dueño de los corazones de sus súbditos, todos le amaban como á padre y le veneraban como á santo; correspondiendo el rendimiento á sus órdenes y al zeloso espíritu con que las dispensaba.

Luego que conoció que su rebaño estaba instruido suficientemente, acordándose de algunos defectos de su juventud, determinó satisfacerlos por medio de la peregrinacion, género de penitencia adoptada en aquellos siglos. Hizolo presente al pueblo para que no tuviesen por sospechosa su ausencia. Clamaron todos con el mayor dolor sobre que no les dejase, pues no tenian otro padre, otro maestro, ni otro prelado que consolase sus aflicciones, ni ocurriese á sus miserias; pero constante el Santo en su resolucion, templó la pena de su pueblo con que volveria dentro de breve tiempo, mandando en el interin que se distribuyesen en socorro de los pobres todas las rentas episcopales. Empezó su marcha inmediatamente, y al salir de la ciudad, llegando al puente contiguo al templo de S. Lorenzo, arrojó al rio el anillo episcopal, diciendo: *Cuando te volviere á ver, estaré cierto del perdón de todos mis pecados.* Siguió su peregrinacion en hábito de pobre, pidiendo limosna de puerta en puerta: visitó los santos lugares que se veneran en la cristiandad, y habiendo pasado dos años en este penosísimo ejercicio, padeciendo innumerables trabajos, oyó una voz celestial que le previno volviese á su obispado, pues Dios habia oido sus ruegos. Obedeció Atilano inmediatamente, y llegando á Zamora al tiempo de oscurecer, fatigado del cansancio, se detuvo aquella noche en la ermita de S. Vicente. Pasaron los ermitaños á la mañana siguiente por las espértulas, ó porciones elemosinarias acostumbradas, y representando al limosnero que tenian en la ermita á un pobre huésped, le dió un pez grande para los tres. Diéronle á Atilano para que le destripase, mientras disponian lo necesario para condimentarlo; y cuando se ocupaba el Santo en aquella operacion, halló en el vientre del pez el anillo episcopal que habia arrojado al rio al tiempo que salió de Zamora. Entonces puesto de rodillas, levantando las manos al cielo, dió al Señor gracias, diciendo: *Bendito sea el Señor Dios de Israel que visitó é hizo la redencion de su siervo; engrandezcan todos los que te conocen, Señor, tus misericordias, porque las derramas con tiempo oportuno, y ensalzas á tus siervos: ¡cuándo yo, Señor, merecí verlas, y cuándo conseguir tus divinos auxilios en medio de mi tribulacion! Bendito seas eternamente, porque tú solo obras se-*

*mejantes maravillas, y glorificas á los que te temen. ¡Quién soy yo, siendo un humilde hombrezuelo, para merecer las misericordias que hoy me dispensa tu diestra!*

Se dice que en seguida de este memorable suceso se tocaron por sí las campanas de Zamora, de lo que admirados los ciudadanos, llenos de confusion, ignorando el motivo se acordó el limosnero del huésped para quien dió el pez á los ermitaños. Concurrieron todos á la ermita de S. Vicente, y les salió al encuentro el Santo ya vestido de pontifical milagrosamente. No es posible esplicar el gozo que concibieron los de Zamora á la vista de su amado pastor; lleváronle á la ciudad con toda magnificencia, y vivió despues siete ú ocho años, dispensando todos los deberes de su ministerio con el zelo, con la caridad y con el fervor propio de un verdadero sucesor de los apóstoles. Quiso el Señor premiar sus merecimientos, y le llevó para sí en el día 5 de octubre, á principios del siglo x, á los setenta años de su edad y diez y nueve de obispo. Dieron sepultura á su venerable cuerpo con un epitafio espresivo de sus admirables hechos, y habiendo Dios esclarecido su sepulcro por los muchos milagros que obró en favor de los que concurrían á visitarle, elevaron sus reliquias sobre el altar mayor de la iglesia de S. Pedro, que entonces servía de catedral, donde con las de S. Ildefonso, arzobispo de Toledo, se le tributan el honor y culto correspondiente.

*La misa es en honor de S. Froylan, y la oracion la siguiente:*

O Dios, que condecoraste al bienaventurado Froylan con el estudio de propagar el instituto monástico; y llamándole del desierto para el cargo episcopal por medio de señas celestiales,

lo hiciste esclarecido en milagros: concede propicio á los que se glorian de su patrocinio, que seamos instruidos por sus ejemplos. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

*La Epístola es del cap. 44 y 45 del Eclesiástico, y la misma que el día 1, pág. 15.*

#### REFLEXIONES.

Ves aquí un gran sacerdote. Ni los grandes títulos, ni las gruesas rentas forman los grandes prelados; pues los ministros de Jesucristo tienen origen mas noble cual es que agrado á Dios mientras vivió, y ninguno observó con mayor exactitud la ley del Altísimo. Esta es la basa y el cimiento de la verdadera gran-

deza, agradar á Dios, y observar con la mas exacta fidelidad los preceptos del Señor. Esta es la única nobleza que pasa en la otra vida. Ostentoso aparato de títulos y de grandes nombres, puestos elevados, dignidades eminentes, brillais, no hay duda; ¿pero como? como relámpagos fugitivos que apenas nacen cuando desaparecen. Todo se entierra con nosotros menos la santidad. Las mas bellas prendas del cuerpo y del alma sin virtud son nombres vacios: las que solo se fundan en fortuna ruidosa y en rentas crecidas, son poco respetables, y aun muchas veces sirven para hacer mas visible la pobreza de la persona. Sola la virtud vale mas que todos los títulos, ¿y qué son todos los títulos sin virtud? ¡Cosa estraña! hacemos grandes gastos por meter un poco de ruido: ¿hubo jamás gloria mas vana, ni estruendo mas superficial, ni grandeza mas pequeña? Cuando llega el caso de disponer alguna oracion fúnebre, entonces se calla ó disimula, ó se disfraza con arte todo aquello que mas lisonjeó, ó que mas ocupó el corazon de los grandes. Pero no sucede así cuando se trata en iguales casos de elogiar las virtudes de los santos; pues apenas se encuentran espresiones bastantes para manifestar su heroismo, y para escitar á los mortales á su imitacion, bajo el seguro de no hallarse mérito mas digno que alabar. ¡Ah Señor, y qué copioso material de elogios no brota la santidad de los que supieron agradaros con la observancia de vuestra divina ley!

*El Evangelio es del cap. 25 de S. Mateo, y el mismo que el día 1, pág. 17.*

#### MEDITACION.

*De la ciencia de los Santos.*

PUNTO PRIMERO.—Considera que la verdadera ciencia consiste en hacerse santo, cualesquiera otra sabiduría ó habilidad no merece el nombre de esta virtud. Todos esos hombres grandes, cuya memoria hace tanto ruido en el mundo, y cuyo nombre brilla tanto en la historia, si se condenaron fueron sabios de perspectiva. Celebre en buen hora el mundo sus ideas, sus pensamientos, y muchas veces sus aéreas locuciones; pero desengáñate que la ciencia verdadera no es otra que la salvacion.

¿No habla en este sentido el Sabio, cuando dice que el número de los necios es infinito, y que hay pocos que posean esta verdadera sabiduría? Toda nuestra prudencia, todo nuestro ingenio se reduce á apacentarnos de quimeras, y toda la vida se

pasa en edificar sobre arena movediza, que al menor movimiento se reduce á nada lo fabricado.

¿Será sabiduría el trabajar para otros? Y un cuarto de hora despues de la muerte ¿de qué servirán los bienes que se juntaron con tanta fatiga? ¿Será prudencia tener las lámparas encendidas sin advertir que se va acabando el aceite? ¿Y será tiempo de hacer la prevencion, cuando se está de partida para la eternidad?

¿Será verdadera ciencia abandonar el único negocio para el cual estamos en este mundo, y solo afanarse cuando no se está para hacer nada? Y con todo eso esta es la conducta ordinaria de los que en el mundo pasan por hombres sabios. ¡Qué gran locura! pensar en todo, tomar justas medidas para todo, excepto para la salvacion. El infierno está lleno de estos sabios de perspectiva. ¡Ah Señor! ¿y no aumentaria yo el número de ellos, si vos no me hubierais conservado la vida hasta hoy? ¿Pero qué no mereceré si desde luego me hago sabio verdaderamente?

PUNTO SEGUNDO. — Considera que es mucha necesidad no pensar mas que en una fortuna imaginaria, que eternamente la hemos de mirar como tal; la que sabemos que nada tiene de permanente, nada de sólido, y apenas se deja ver cuando desaparece; al mismo tiempo que nada hacemos por una suerte eterna. ¡Cosa estraña! aquello que ha de ser materia eterna de nuestro dolor y de nuestro arrepentimiento, eso es lo que ocupa todo nuestro corazon, y ese es el objeto de todas nuestras atenciones.

Hay algunas almas insensibles y perezosas que nunca miran mas que una parte de la ley; aunque no ignoran del todo la religion de Jesucristo. Siempre se sienten con algunos deseos de romper aquel lazo, de domar aquella pasion, de ser mas regulares y devotas; pero siempre pasan el tiempo ocupadas en varios proyectos de conversion. Cuando venga el esposo y llame á la puerta, todos despiertan así el fervoroso como el perezoso; pero dichoso aquel que tiene hecha con tiempo su prevencion. ¿Mas será tiempo de hacerla cuando ya es preciso presentarse delante del juez? ¿Y no es locura esperar ser prudente y ser sabio de repente, el que toda su vida dió pruebas de una insignificante necesidad? Los hijos del siglo son muy hábiles en proponer los medios para conseguir sus fines aun cuando los que se en materia de la salvacion eterna sean necios y estúpidos?

¡Ah qué prudente fué S. Froylan! cuando retirándose de los peligros del mundo, solo atendió al importantísimo negocio de

su salvacion, y persuadido de las eternas verdades de nuestra religion, juzgó que no debía tomar otro partido; en lo que sin duda fué sabio y prudente segun Dios.

Señor, aunque estoy persuadido y convencido de lo que debo hacer, nada puedo sin vuestra divina gracia: yo os la pido, dulce Jesus mio, resuelto á dar principio desde luego al estudio de la verdadera sabiduría, que consiste en trabajar eficazmente en el negocio de mi eterna salvacion.

JACULATORIAS. — Dadme, Señor, aquella verdadera sabiduria que descende de vos; aquella que os hace perpetua compañía en vuestro trono. (*Sap. 9.*)

Toda la sabiduría consiste en temer y servir á Dios. (*Eccl. 1.*)

### PROPOSITOS.

1 Forma un concepto cabal de la verdadera sabiduría, la que te convencerá plenamente, que solo son verdaderos sabios los que saben salvarse. Por este principio te has de gobernar siempre; y así cuando hayas de emprender algun negocio, y hayas de parecer hombre prudente en el mundo, pregúntate á tí mismo: bien, ¿qué parte tiene esto en mi salvacion?

2 El hombre prudente siempre toma medidas para llegar al fin. Pero guárdate bien de forjarte una conciencia falsa en negocio de tanta importancia. Huye con horror de todos los libros sospechosos, haciendo un firme propósito de no leer jamás un libro condenado. Advierte que es insolencia, es impiedad no rendirse al orden del legitimo superior que lo reprueba. Aunque tengas licencia para leer libros prohibidos, no por eso será su doctrina mas sana, ni mas santa; libraráste del pecado y del contagio, pero no del peligro: cosa estraña; á la menor sospecha de peste ó de contagio quedan desiertas las ciudades, y aunque se sabe el contagio de los libros prohibidos, pocos huyen de ellos. Retírate pues no solo de semejantes libros, sino es de toda persona sospechosa en la doctrina; pues sobre perjudicarnos, no son medios para adquirir la verdadera sabiduría, que se interesa nada menos que en nuestra salvacion.